

Cinco minutos trascurrieron, sin que á nadie ocurriese romper el silencio.

De repente, estremeci6se Andrea, pues oía, antes que fuese perceptible á los oídos de los demás, un paso que se adelantaba bajo el follaje.

Apartáronse las ramas, y José Bálamo apareció precisamente en frente de María Antonieta.

## XIII

## Magia

Bálamo se inclinó humildemente, pero casi en el mismo instante levantó la cabeza llena de inteligencia y expresión. Fijó, aunque con respeto, su penetrante mirada en la Delfina, y aguardó silencioso á que ésta le interrogase.

— Si sois vos de quien acaba de hablarnos el señor de Taverney, dijo María Antonieta, acercaos, caballero, y que veamos qué cara tiene un mago.

Bálamo se adelantó otro paso en silencio, y se volvió á inclinar.

— ¿Hacéis el oficio de adivino, caballero? dijo la Delfina mirando á Bálamo con mayor curiosidad tal vez de la que quería dispensarle, y bebiendo la leche á sorbitos.

— Yo no hago ese oficio, señora, dijo Bálamo, pero predigo.

— He sido educada en la fe ilustrada, dijo la Delfina, y los únicos misterios que creo, son los de la religión católica.

— Son, sin duda, venerables, respondió Bálamo con un recogimiento profundo, pero ahí tenéis al señor cardenal de Rohán que, aunque es príncipe de la Iglesia, dirá á V. A., que no son los únicos misterios dignos de respeto.

El cardenal se estremeció, pues no había dicho su



nombre á nadie, ni ninguno lo habia pronunciado; y sin embargo le conocía el extranjero.

María Antonieta no pareció notar esta circunstancia, y continuó:

— Cuando menos, confesaréis, caballero, que son los únicos incontrovertibles.

— Señora, respondió Bálamo con el mismo respeto é igual firmeza, al lado de la fe está la certidumbre.

— Habláis con alguna oscuridad, señor mago, yo soy buena francesa en el corazón, pero todavía no en la penetración, y no comprendo muy bien las sutilezas de la lengua; verdad es que me han dicho que M. de Bievre me enseñaría todo eso; mas entretanto, me veo obligada á rogaros que seáis menos enigmático si queréis que os comprenda.

— Y yo, dijo Bálamo meneando la cabeza con melancólica sonrisa, suplicaría á V. A. el permiso de seguir con mi oscuridad, pues sentiría demasiado revelar á tan gran princesa un porvenir que tal vez no estuviese acorde con sus esperanzas.

— ¡Oh, oh! eso es más grave, dijo María Antonieta; queréis picar mi curiosidad, caballero, esperando que os pida me digáis mi buena ventura.

— Al contrario, ¡no quiera Dios que me fuercen á eso! dijo con frialdad Bálamo.

— Sí, ¿no es verdad? repuso la Delfina riendo, porque eso os embarazaría mucho.

Pero la risa de la Delfina se apagó sin que la de ningún cortesano le hiciese eco. Todos estaban sometidos á la influencia del hombre singular que en aquel momento era el centro de la general atención.

— Vamos, confesadlo francamente, dijo la Delfina. Bálamo se inclinó sin responder.

— Sin embargo, ¿no sois vos quien ha predicho mi

llegada al señor de Taverney? respondió María Antonieta con un ligero movimiento de impaciencia.

— Sí, señora; yo soy.

— ¿Cómo ha sido eso, barón? preguntó la Delfina, que comenzaba á experimentar la necesidad de oír otra voz tomar parte en el extraño diálogo, que tal vez sentía ya haber comenzado, pero que, sin embargo, no quería abandonar.

— ¡Dios mío! señora, respondió el barón, del modo más sencillo, mirando en un vaso de agua.

— ¿Es así? preguntó la Delfina dirigiéndose á Bálamo.

— Sí, señora, respondió éste.

— ¿Es ese vuestro libro mágico? Á lo menos es inocente. ¡Ojalá vuestras palabras fuesen tan claras! El cardenal sonrió.

El barón se aproximó y dijo:

— La señora Delfina no tendrá nada que aprender de M. de Bievre.

— ¡Oh! caro huésped, dijo la Delfina, no me lisonjeéis ó lisonjeadme mejor. Me parece que lo que he dicho no lo merece. Volvamos á este caballero.

Y María Antonieta se volvió á Bálamo, hacia el que parecía atraerla, á pesar suyo, un poder irresistible, cual á veces es uno atraído á un sitio en que le aguarda alguna desgracia.

— Si habéis leído el porvenir para este señor en un vaso de agua, dijo, ¿no podríais leerlo para mi en una garrafa?

— Perfectamente, señora, dijo Bálamo.

— Entonces, ¿por qué lo rehusabais en este momento?

— Señora, porque el porvenir es incierto, y si yo descubriese en él alguna nube.....

Bálamo se detuvo.



- ¿Entonces qué? preguntó la Delfina.
- Entonces, como he tenido el honor de deciros, tendría el pesar de entristecer á V. A. R.
- ¿Me veis por la primera vez, y ya me conocéis?
- He tenido el honor de ver á V. A. R. cuando era muy niña, en su país natal, al lado de su augusta madre.
- ¿Habéis visto á mi madre?
- He tenido ese honor: es una augusta y poderosa reina.
- Emperatriz, caballero.
- He querido decir reina por el corazón y por el talento, y sin embargo.....
- ¿Reticencias, caballero, y sobre mi madre! dijo la Delfina con desdén.
- Los más grandes corazones tienen sus debilidades, señora; especialmente cuando creen que se trata de la felicidad de sus hijos.
- Espero que la historia no hablará de una sola debilidad de María Teresa.
- Porque la historia no sabrá lo que sólo sabemos la emperatriz María Teresa, V. A. R. y yo.
- ¿Conque tenemos un secreto entre nosotros tres, caballero? dijo sonriendo con desdén la Delfina.
- Entre nosotros tres, señora, respondió tranquilamente Bálamo, sí, entre nosotros tres.
- Sepamos qué secreto es ese, caballero.
- Si lo digo, no será ya un secreto.
- No importa, decidlo.
- ¿Lo desea V. A.?
- Lo quiero.
- Bálamo se inclinó.
- Hay en el palacio de Schönbrunn, dijo, un gabinete llamado el gabinete de Sajonia, á causa de los magníficos vasos de porcelana que encierra.

- Sí, dijo la Delfina, ¿y qué más?
- Ese gabinete hace parte del aposento particular de S. M. la emperatriz María Teresa.
- Sí.
- En ese gabinete es donde escribe ordinariamente su correspondencia íntima.
- Sí.
- Sobre un magnífico escritorio de Boule regalado al emperador Francisco I por Luis XV.
- Hasta ahora es cierto cuanto decís, caballero, pero todos pueden saber eso.
- Dignese V. A. tener paciencia. Un día, á eso de las siete de la mañana, no estando levantada aun la emperatriz, entró V. A. en aquel gabinete por una puerta excusada, porque de las augustas hijas de la emperatriz, V. A. era la predilecta.
- ¿Y después, caballero?
- Acercóse V. A. al escritorio. Hace justamente cinco años, debe acordarse V. A.
- Continúad.
- V. A. se acercó al escritorio, sobre el que había una carta abierta que la emperatriz había escrito la víspera.
- ¿Y bien!
- ¿Y bien! V. A. leyó aquella carta.
- La Delfina se ruborizó ligeramente.
- Y después de haberla leído, sin duda debieron desagradar á V. A. algunas expresiones, puesto que cogió la pluma, y de su propio puño.....
- La Delfina parecía aguardar con ansiedad. Bálamo continuó:
- Rayó tres palabras.
- ¿Y qué palabras eran esas? exclamó vivamente la Delfina.
- Las primeras de la carta.



— No os pregunto el lugar que ocupaban, sino su significado.

— Sin duda un excesivo testimonio de afecto hacia la persona á quien se dirigía la carta; y he ahí esa debilidad de que yo decía que, cuando menos en una ocasión, había podido ser acusada vuestra augusta madre.

— ¿ Luego os acordáis de esas tres palabras ?

— Me acuerdo.

— ¿ Podréis repetírmelas ?

— Perfectamente.

— Pues repetidlas.

— ¿ En alta voz ?

— Sí.

— *Mi querida amiga.*

Maria Antonieta se mordió los labios palideciendo.

— Ahora, dijo Bálamo, ¿ quiere V. A. R. que le diga á quien se dirigía aquella carta ?

— No, pero quiero que me lo escribáis.

Bálamo sacó de su bolsillo un librito de memorias con manecillas de oro, escribió en una de sus hojas algunas palabras con un lápiz del mismo metal, separó la hoja de papel y la presentó á la princesa haciendo una reverencia.

Maria Antonieta tomó la hoja de papel, la desplegó y leyó :

La carta estaba dirigida á la manceba de Luis XV, á la *señora marquesa de Pompadour*.

La Delfina fijó su mirada asombrada en aquel hombre de palabras tan precisas, de voz tan pura y tan poco conmovida, que, aunque saludaba con tanta humildad, parecía dominarla.

— Todo eso es cierto, caballero, dijo, y aunque ignoro por qué medio habéis sorprendido esos detalles,

como no sé mentir, lo repito en alta voz, todo eso es cierto.

— Entonces, dijo Bálamo, permítame V. A. retirarme, y conténtese con esta inocente prueba de mi ciencia.

— No, caballero, repuso la Delfina picada, cuanto más sabio sois, tanto más deseo oír mi predicción. No me habéis hablado más que del pasado, lo que reclamo de vos es el porvenir.

La princesa pronunció estas palabras con una agitación febril que en vano trató de ocultar á sus oyentes.

— Estoy dispuesto, respondió Bálamo, y sin embargo, vuelvo á suplicar á V. A. R. que no me fuerce á ello.

— Nunca repito dos veces una cosa : yo lo quiero, y sabéis, caballero, que ya lo he dicho otra vez.

— Á lo menos permitidme que consulte al oráculo, señora, dijo Bálamo en tono de súplica, y luego, sabré si puedo revelar la predicción á V. A. R.

— Buena ó mala, la quiero saber ; ¿ lo oís, caballero ? replicó Maria Antonieta con una irritación creciente. Si es buena, no la creeré, pues la tomaré por una adulación, si mala, la consideraré como una advertencia ; y sea cual fuere, os prometo estaros agradecida. Comenzad, pues.

La princesa pronunció estas últimas palabras con un tono que no admitía observación ni tardanza.

Bálamo cogió la garrafa redonda, de corto y estrecho cuello, de que ya hemos hablado, y la colocó sobre una copa de oro.

Iluminada así el agua despidió leonados reflejos que, mezclados con el nácar de sus paredes y el diamante del centro, parecieron ofrecer alguna significación á las atentas miradas del adivino.

Todos guardaron silencio.



— ¿Y bien? preguntó la Delfina.

— No puedo hablar, respondió Bálamo.

El rostro de la princesa tomó una expresión que significaba visiblemente: « No tengas cuidado, yo sé el modo de hacer hablar á los que se obstinan en callar. »

— ¿Porque no tenéis nada que decirme? preguntó en alta voz.

— Señora, hay cosas que jamás se deben decir á los príncipes, replicó Bálamo con un tono que indicaba su resolución de resistir, aunque fuese á las órdenes de la Delfina.

— Especialmente, continuó ésta, cuando esas cosas, lo repito, se traducen por la palabra *nada*.

— No es eso lo que me detiene, señora; al contrario.

La Delfina sonrió desdeñosamente.

Bálamo parecía embarazado; el cardenal comenzaba á reírse en sus hocicos, y el barón se acercó á él refunfuñando.

— Vamos, vamos, le dijo, ya se os acabó la magia: no ha durado mucho. Ahora sólo nos falta ver todas estas tazas de oro convertirse en hojas de viña, como en el cuento oriental.

— Yo hubiera preferido, dijo María Antonieta, simples hojas de viña á todo ese aparato hecho por este caballero para llegar á serme presentado.

— Señora, respondió Bálamo muy pálido, dignaos recordar que yo no he solicitado ese honor.

— ¡Vamos, caballero! No era difícil adivinar que yo pediría que os presentaseis.

— Perdonadle, señora, dijo Andrea en voz baja, ha creído obrar bien.

— Y yo digo que no ha tenido razón, repicó la princesa, de modo que sólo Bálamo la oyese. No se

ensalza nadie humillando á un anciano; y cuando una Delfina de Francia puede beber en el vaso de estaño de un gentilhombre, no se la fuerza á beber en el vaso de oro de un charlatán.

Bálamo se enderezó agitado cual si le hubiera picado una víbora.

— Señora, la dijo con voz trémula, estoy dispuesto á revelaros vuestro destino, ya que vuestra ceguedad os arrastra á saberlo.

Bálamo pronunció estas palabras con tono firme y tan amenazador, que los que estaban presentes sintieron correr por sus venas un frío glacial.

La joven archiduquesa palideció visiblemente.

— No la escuchéis, hija mía, dijo en alemán la vieja dama á María Antonieta.

— Dejadle escuchar; puesto que lo ha querido, lo sabrá, respondió Bálamo en la misma lengua.

Estas palabras, pronunciadas en un idioma extranjero, y sólo comprendidas por algunos de los presentes, dieron aun más misterio á la situación.

— Vamos, dijo la Delfina resistiendo á los esfuerzos de su vieja tutora; vamos, que hable. Si ahora le mandase callar, creería que tengo miedo.

Bálamo oyó estas palabras, y asomó á sus labios una sonrisa furtiva, aunque desdeñosa.

— Lo mismo que yo había dicho, murmuró; un valor fanfarrón.

— Hablad, le dijo la Delfina; hablad, caballero.

— ¿Luego V. A. R. se obstina en que yo hable?

— Jamás retracto mis resoluciones.

— Entonces os hablaré á vos sola, señora, añadió Bálamo.

— Sea, dijo la Delfina. Yo le forzaré en sus últimas trincheras. Alejaos.



Y á una señal suya, que indicaba ser general la orden, todos se retiraron.

— Este es un medio, como otro cualquiera, dijo la Delfina volviéndose hacia Bálamo, de obtener una audiencia particular, ¿no es así, caballero?

— No tratéis de irritarme, señora, repuso el extranjero; pues no soy más que un instrumento de que Dios se sirve para iluminaros. Insultad á la fortuna, que ella os lo pagará, pues sabe muy bien vengarse. Yo no hago más que ser el órgano de sus caprichos. Así, no hagáis pesar sobre mí la cólera que mi retardo os causa; no me hagáis pagar las desgracias de que no soy más que el heraldo siniestro.

— ¿Luego, parece que me esperan desgracias? preguntó la Delfina mitigada por la expresión respetuosa de Bálamo, y desarmada por su aparente resignación.

— Sí, señora; y desgracias muy grandes.

— Decídmelas todas.

— Trataré de eso.

— ¿Y bien?

— Interrogadme.

— Primeramente, ¿vivirá feliz mi familia?

— ¿Cuál? ¿la que dejáis ó la que os aguarda?

— ¡Oh! mi verdadera familia, mi madre María Teresa, mi hermano José y mi hermana Carolina.

— Vuestras desgracias no los alcanzarán.

— ¿Luego me serán personales?

— A vos y á vuestra nueva familia.

— ¿Podéis ilustrarme sobre esas desgracias?

— No puedo.

— ¿Se compone de tres príncipes la familia?

— Sí.

— El duque de Berry, el conde de Provenza, y el conde de Artois.

— Exactamente.

— ¿Cuál será la suerte de estos tres hijos?

— Reinarán todos tres.

— ¿Luego no tendré hijos?

— Los tendréis.

— ¿Entonces no serán varones?

— Entre vuestros hijos los habrá varones.

— ¿Luego tendré el dolor de verlos morir?

— Tendréis el pesar de que el uno muera, y lo tendréis también de que el otro viva.

— ¿Me amará mi esposo?

— Os amará.

— ¿Mucho?

— ¡Demasiado!

— ¿Y entonces, qué desgracias pueden ocurrirme, os pregunto, con el amor de mi marido y el apoyo de mi familia?

— Os faltarán el uno y el otro.

— ¿Me quedarán el amor y el apoyo del pueblo?

— ¡El amor y el apoyo del pueblo!... Es el Océano en la calma... ¿Habéis visto el Océano durante la tempestad, señora?

— Haciendo bien, yo impediré que se levante la tempestad, ó si se levanta, me levantaré yo con ella.

— Cuanto más elevadas son las olas, tanto más profundo es el abismo que abren.

— Me quedará Dios.

— Dios no defiende las cabezas que él mismo ha condenado.

— ¿Qué es lo que estáis diciendo, caballero? ¿no seré yo reina?

— Al contrario, señora; ¡y pluguiera al cielo que no lo fueseis!

La joven princesa sonrió desdeñosamente.

— Escuchad, señora, añadió Bálamo, y recordad.

— Escucho, dijo la Delfina.



— ¿Habéis notado, continuó el profeta, la colgadura de la primera sala en que habéis dormido al entrar en Francia?

— Sí, respondió la Delfina temblando.

— ¿Qué representaba aquella colgadura?

— Un degüello; el de los Inocentes.

— ¿Confesáis que las siniestras figuras de los asesinos han quedado grabadas en la memoria de V. A. R.?

— Lo confieso, caballero.

— Y bien; ¿durante la tempestad no habéis observado nada?

— El rayo ha tronchado, á mi izquierda, un árbol que, al caer, le faltó poco para aplastar mi coche.

— Esos son presagios, dijo Bálamo con sombría voz.

— ¿Y presagios funestos?

— Me parece que sería difícil interpretarlos de otro modo.

La Delfina dejó caer su cabeza sobre el pecho; luego, al cabo de un instante de recogimiento y silencio, la levantó diciendo:

— ¿Cómo morirá mi marido?

— Decapitado.

— ¿Cómo morirá el conde de Provenza?

— Sin piernas.

— ¿Y el conde de Artois?

— Sin corazón.

— ¿Y yo?

Bálamo meneó la cabeza.

— ¡Hablad, dijo la Delfina, hablad!

— No tengo ya nada que decir.

— ¡Pues yo quiero que habléis! exclamó María Antonieta estremecida.

— ¡Por piedad, señora!

— ¡Oh! hablad!... dijo la Delfina.

— ¡Jamás, señora, jamás!

— Hablad, caballero, repuso María Antonieta con el tono de la amenaza; hablad, ó sino diré que todo esto no es más que una comedia ridícula. ¡Y tened cuidado! jamás se juega de ese modo con una hija de María Teresa, con una mujer... que tiene en su mano la vida de treinta millones de hombres.

Bálamo permaneció mudo.

— Vamos, no sabéis más, dijo la princesa encogiendo de hombros con desprecio, ó más bien, se ha agotado vuestra imaginación.

— Os digo que lo sé todo, señora, respondió Bálamo, y puesto que vos lo queréis absolutamente.....

— Sí, yo lo quiero.

Bálamo cogió la garrafa en la copa de oro; la colocó en el sombrío hueco del pabellón, en que algunas rocas artificiales figuraban una gruta; luego, cogiendo la archiduquesa por la mano, la condujo á la negra sombra de aquella bóveda.

— ¿Estáis dispuesta? dijo á la princesa, á quien casi había amedrentado aquella acción vehemente.

— Sí.

— Entonces, ¡de rodillas, señora; de rodillas, y estaréis en postura de rogar á Dios que os libre del terrible desenlace que vais á ver!

La Delfina obedeció maquinalmente y se dejó caer de rodillas.

Bálamo tocó con una varita el globo de cristal, en cuyo centro se delineó, sin duda, alguna figura sombría y terrible.

La Delfina trató de levantarse, vaciló un instante, cayó de nuevo, lanzó un terrible grito, y se desmayó.

Acudió el barón: la princesa estaba sin conocimiento.

Al cabo de algunos minutos volvió en sí y pasó sus



manos por la frente como tratando de refrescar la memoria.

Luego, de súbito :

— ¡ La garrafa ! exclamó con un acente de inexplicable terror. ¡ La garrafa !

Se la presentó el barón. El agua estaba límpida y sin una sola mancha. Bálsamo había desaparecido.

## XIV

El barón de Taverney cree al fin percibir algún vislumbre en el porvenir

Como hemos dicho, el primero que percibió el desmayo de la Delfina, fué el barón de Taverney, pues estaba en acecho, más inquieto que ninguno, de lo que iba á pasar entre ella y el adivino. Había oído el grito dado por S. A. R., y había visto á Bálsamo lanzarse fuera de la espesura ; por lo cual acudió á donde estaba la Delfina.

La primera palabra de ésta fué para pedir que la enseñasen la garrafa, y la segunda para que no le hiciesen daño al adivino. Tiempo era de que se hiciese esa recomendación, pues Felipe de Taverney se había lanzado en su seguimiento como un león irritado, cuando le detuvo la voz de la Delfina.

Entonces la dama de honor se acercó á ella á su vez, y la preguntó en alemán ; pero á todas sus preguntas nada respondió, sino que Bálsamo no le había faltado al respeto en nada, pero que, probablemente fatigada por lo largo de la jornada y la tempestad de la víspera, había tenido un acceso de fiebre nerviosa.

Estas respuestas fueron traducidas al señor de Rohán, que aguardaba explicaciones, pero sin osar pedir las.

En la corte se contentan con una media respuesta ; la de la Delfina no satisfacía, pero todos la hallaron